

en el proceso, como lo es aún para los enemigos de su memoria, es la de Rolland, hombre extremadamente sospechoso y contradicho por todos los otros testimonios. Rolland, que durante todo el curso de la instrucción había gozado de las más extrañas inmunidades como la de ser detenido en la Abadía, y de salir de su prisión acompañado solamente del conserje que era su amigo, había declarado en su segundo interrogatorio haber ido de parte de Pichegru á casa del general Moreau para saber sus disposiciones definitivas con respecto de la conspiración. «No puedo,—le había dicho Moreau,—ponerme á la cabeza de ningún movimiento en favor de los borbonés. Pero si Pichegru hace obrar en otro sentido, en este caso le he dicho que sería necesario que los cónsules y el gobernador de París desaparecieran, creo tener un partido bastante fuerte para obtener la autoridad; me serviré de ella al mismo tiempo para poner á todo el mundo á cubierto; después de lo cual la opinión dictará lo que convenga hacer.» Era á propósito de esta frase «será menester que los cónsules desaparezcan,» frase recordada de una conversación tenida mucho tiempo antes, sobre la que la acusación establecía la complicidad de Moreau. Según ella, y según los historiadores que han adoptado este tema, esto quería decir: Primero asesinar, luego ya vendré yo para aprovecharme del asesinato y cubrir los asesinatos. Pero el mismo Rolland desautorizó el sentido que quería dar á estas palabras: «El general,—dijo,—no ha dicho que era necesario hacer desaparecer á los cónsules, solo ha dicho: que en ese caso convendría que desaparecieran.»

En todo rigor, pues, no había de su parte más que una hipótesis. ¿Pero cómo admitir las absurdas contradicciones que implicaba? Como lo hizo observar Moreau, era un proyecto ridículo querer servirse de los realistas con la esperanza de que si salían ganando pondrían el poder en sus manos. «Ahora bien,—añadía él con nobleza,—yo les he hecho durante diez años la guerra, y durante esos diez años no sé que haya hecho cosa ridícula alguna... «¡Yo hacerme dictador!—decía,—y por cómplices no me dan mas que á partidarios de los borbonés! ¿En dónde están, pues, mis soldados? ¿En dónde están, pues, aquéllos que he seducido en el Senado, en el Consejo de Estado y en el ejército? En fin, aun suponiendo que Moreau fuese crédulo hasta el extremo de esperar que el primer resultado de los realistas victoriosos sería proclamarle dictador, hasta tomando al pié de la letra lo que dice este testimonio aislado á pesar de su evidente inver-

rosimilitud, ¿qué resultaría de ello en definitiva? Que Moreau hacía votos en favor de los conspiradores y se reservaba entrar en escena después que hubiesen conseguido victoria y para aprovecharse; pero hasta aquí no era ni su asociado ni su cómplice, continuaba en su actitud expectante y en su abstención; no había acto alguno que reprocharle, de modo que la acusación de este único testigo, cuyos móviles se hicieron por demás notorios con la excepcional indulgencia que el gobierno le guardó, no podía motivar una condena aun admitiendo que valiera de sobras como prueba, lo que era contrario no sólo á toda justicia, sino á toda jurisprudencia.

El hecho que se quería establecer con la declaración de Rolland suponía en Moreau una ambición impaciente hasta la locura; ahora bien, nada más contrario al conocido carácter del general que se distinguía eminentemente por su calma, su prudencia y la moderación de su conducta. Aunque guardando sus convicciones políticas muy firmes, Moreau había manifestado siempre para la política una especie de repugnancia instintiva; no faltaba, eran necesarias en su tiempo, sobradas intrigas, sobradas retenciones y sobradas vías subterráneas para prosperar; repetía con gusto que él era hecho para la guerra y que quería atenerse á su vocación. Había, en efecto, nacido para ser el primer soldado de una república á la Washington, general ciudadano de un país libre; poseía todas las grandes virtudes, no tenía nada de lo que era menester para ser el ídolo de una democracia voraz, conquistadora, vanidosa, insaciable de adulaciones, lo que no se da sino á los que saben acariciarla y brutalizarla alternativamente. Lo que menos era, de seguro, un ambicioso vulgar, á la vez engañador y engañado, tal como lo pintaba Rolland; toda su carrera estaba ahí para atestiguarlo. Nunca, como tantos otros generales, se había mezclado en nuestras turbulencias cívicas, nunca había soñado beneficiar su gloria y su influencia en el ejército para intervenir en las querrelas de los partidos ó reclamar su parte en el poder. En 18 brumario, equivocado como los hombres más perspicaces de la época por las declaraciones republicanas de Bonaparte, colocado detrás de su rival, había aceptado de él la casa misión más comprometedor. Si esto era efecto de un espíritu demasiado confiado, no lo era ciertamente de un ambicioso. Tenía algo mejor que hacer valer; tenía en su vida pasada un hecho, entonces de notoriedad pública, y el cual era una prueba aún más perentoria de su desinterés. Este era el haber rehusado aceptar los ofrecimientos de Sieyes, cuando el direc-

tor le propuso que diera él mismo el golpe de Estado y se apoderase de la dictadura poco tiempo antes que Bonaparte llegara de Egipto. Este hecho concluyente, si los hay, tenía una gran importancia como efecto moral si no como argumento inmediato para la defensa, y Moreau hizo suplicar á Sieyes que viniera á confirmarlo ante los tribunales; pero este senador, cuya prudencia natural había aún aumentado con las amenazas é injurias que su oposición á la época del Consulado vitalicio le habían valido de parte de Bonaparte, hizo responder á Moreau: «*que esperaba que el general sería bastante bueno para no perderle insistiendo en su petición.*» Moreau se limitó, en consecuencia, á recordar el hecho sin invocar el testimonio de Sieyes.

Finalmente, las contestaciones de Moreau eran tan fuertes y tan razonables y de tan buen sentido que podían pasarse de toda ayuda extraña. Pero por brillantes que fuesen por su nobleza y dignidad; se distinguían aún más por esta precisión sorprendente que se impone al espíritu y corta todas las objeciones. Los dos testigos que habían conducido á Pichegru en su casa, convenían en que la entrevista sólo había durado un cuarto de hora: «¡Un cuarto de hora,—dijo,—es poco para discutir un plan de gobierno!» Y como contestasen que Pichegru había salido descontento: «Si Pichegru estaba descontento, evidentemente sería porque no estábamos de acuerdo.» Cuando vino la cuestión del viaje de Lajolais: «Yo he visto,—dijo,—á M. Lajolais en París el mes de Junio; M. Lajolais llegó á Londres en el mes de Diciembre siguiente. Es necesario convenir, pues, que tenía un emisario muy poco diligente.» Como Rolland contaba que había ido á hacerle proposiciones de parte de Pichegru: «Hé ahí dos hombres,—exclamó Moreau,—de los cuáles el uno hace las proposiciones y el otro las acepta. ¿Cuál es el más culpable? El que las hace. Porque después de nuestra detención se me ha tenido incomunicado mientras que á M. Rolland se le envió á la Abadía en casa de uno de sus amigos, gozando de la más completa libertad.» El presidente habiéndole preguntado con una cierta insistencia si no era pagado por el gobierno y cuanto recibía: «Os suplico, señor,—le dijo Moreau,—no pongáis en balanza mis servicios con mi paga.» No tuvo sino una palabra para con Bonaparte, una palabra sin cólera pero del más cruel menosprecio. Esto fué cuando se le hizo conocer como pieza de convicción su carta confidencial al primer Cónsul: «El primer Cónsul,—dijo,—ha mirado, sin duda, esta carta como un medio justificativo; ¡es demasiado magnánimo para no

haberla guardado de contener algo que pudiera comprometerme!»

Cuando estuvieron terminados los interrogatorios, Moreau, pidió que se le oyera antes que á sus defensores. Presentó un resumen de su vida pasada con algunas palabras de una simplicidad antigua, declarando que con aquello no se dirigía á la justicia, sino á la nación, pues en verdad eran dignos de tener todo un pueblo por auditorio. «Circunstancias desdichadas,—dijo,—producidas por la casualidad ó preparadas por el odio, pueden oscurecer durante algunos instantes la vida más honrada de un hombre; con mucha habilidad puede un criminal alejar de sí las sospechas y pruebas de sus crímenes. Una vida sin falta alguna es siempre el más seguro testimonio para y contra un acusado; es, pues, mi vida entera que opongo á los acusadores que me persiguen; ella ha sido bastante pública para ser conocida.

«Yo estaba consagrado al estudio de las leyes al principio de esta revolución que debía fundar la libertad del pueblo francés; ella cambió el curso de mi vida, consagrándola á las armas. No iba á colocarme entre los soldados de la libertad por ambición, abrazaba el estado militar por respeto, por los derechos de la nación. *Yo me hice guerrero porque era ciudadano.* Llevaba este carácter bajo las banderas, siempre lo he conservado. Cuanto más amaba la libertad, tanto más me sometía á la disciplina. Avancé bastante rápidamente, pero siempre de grado en grado y sin que jamás saltara por encima de ninguno; siempre sirviendo á la patria, jamás adulando á los comités. Llegado al mando en jefe, cuando la victoria nos hacía avanzar por el centro de las naciones enemigas, no me aplicaba menos en hacer respetar el carácter del pueblo francés que á temer sus armas. La guerra bajo mis órdenes no fué un azote más que en el campo de batalla; más de una vez las naciones y las potencias enemigas me han dado ese testimonio, y esta conducta la creía tan conveniente como nuestras victorias para asegurar las conquistas de la Francia.»

Recordó en seguida su desgracia después del diez y ocho fructidor, «por haber sido demasiado calmo en denunciar un hombre en quien no podía ver sino á un hermano de armas hasta el momento en que se le hubiera convencido por la evidencia de las pruebas,» su constancia en servir en los puestos subordinados, y como «trasladado al mando en jefe por los reveses de nuestras armas, *fué en cierto modo reelegido general para nuestras desdichas;*» recordó su negativa en apoderarse del poder con



Sieyes, «creyéndose hecho para mandar á los ejércitos y no queriendo mandar la república,» su cooperación imprevisora, pero á la vez ciertamente desinteresada al 18 de brumario, sus servicios tan hermosos en la campaña de Ulm y de Hohenlinden, y finalmente su vuelta al seno de la vida privada. ¿Qué podían echarle en cara después de su retiro? Ningún otro crimen que la libertad de sus opiniones. «¿Mis opiniones? Habían sido á menudo favorables á las operaciones del gobierno, y si algunas ve-

ces no lo habían sido, *¡podía creer que esta libertad fuese un crimen en un pueblo que había tantas veces decretado la de la prensa y que había gozado de ella hasta bajo los mismos reyes!*

»Si hubiese querido,—añadía,—concebir y seguir planes de conspiración, habría disimulado mis sentimientos y solicitado todos los empleos que me habrían podido colocar en medio de las fuerzas de la nación. Para trazarme este camino, á falta de genio político que no he tenido jamás, tenía dos ejem-



PABLO I emperador de Rusia

plos conocidos de todo el mundo y hechos formidables por el éxito. *Yo no ignoraba, tal vez, que Monck no se había alejado de los ejércitos cuando había querido conspirar, y que Cassio y Bruto se habían aproximado al corazón de César para atravesarlo.*»

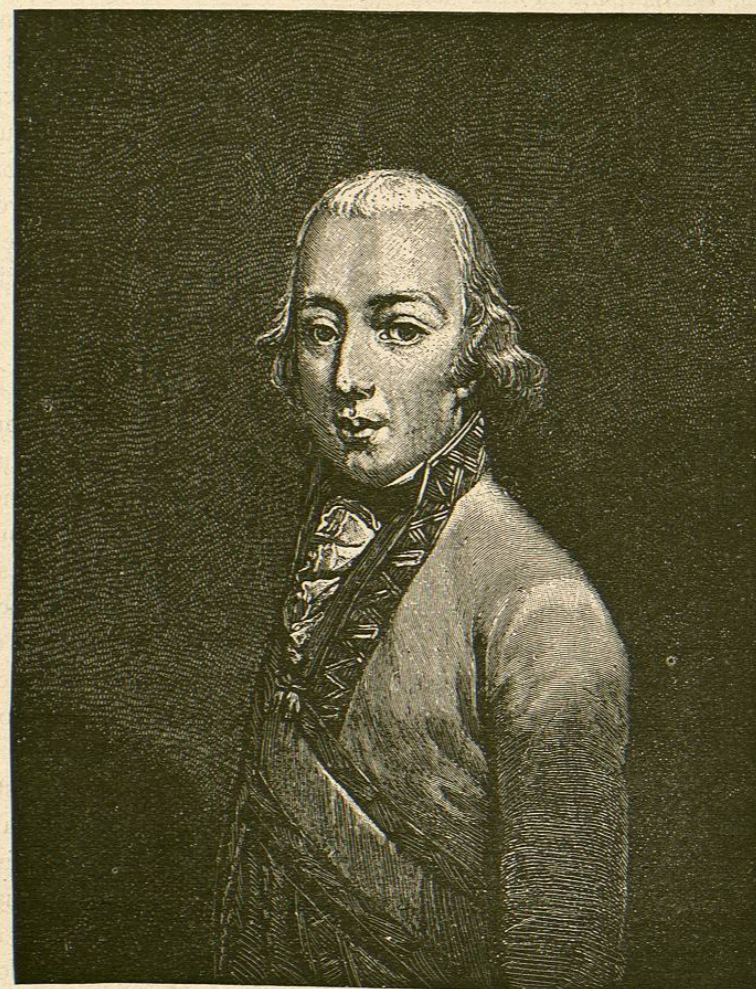
Esta arenga que tenía un acento de honor y de probidad que no se imita, excitó en el auditorio una emoción inexplicable. En varios párrafos los asistentes prorumpían en aplausos; una luz repentina iluminó á los espíritus. El vencedor de Hohenlinden sentado en el banquillo de los acusados, parecía más grande que el nuevo emperador en el trono. Los jueces veían consternados este triunfo inesperado que parecía proclamar de antemano, en nombre de la opinión pública, la inocencia y la absolución de un hombre que habían recibido la misión de man-

dar. Varios de entre ellos, obligados por la evidencia de la verdad y por el grito de su conciencia, se habían vuelto favorables al acusado durante la vista del proceso; algunos no figuraban en el tribunal sino á título de instrumentos, y estaban decididos á llenar el papel infame hasta el fin, pero todos sabían que absolver Moreau era condenar un amo implacable, dilema terrible para el juez más íntegro en la situación mísera en que había caído la magistratura.

La actitud de Cadoudal durante el proceso, fué tal, que se podía esperar de un vencido que no quería sobrevivir á su derrota, la de un hombre cuya fuerza de alma no había sido jamás desconocida, ni aún por sus enemigos. Habiendo hecho el sacrificio de su vida, desdeñó defenderla y no respondió al interrogatorio del presidente más que en la medida

en que podía levantar el honor de su partido, ó servir al interés de sus coacusados. Cadoudal no se defendió sino en un punto, en su pretendida participación en la conspiración de la máquina infernal, y lo hizo con la energía más grande, demostrando con razones concluyentes, que la esquila firmada *Gédéon*, la única prueba que se producía contra él,

no era de su puño, y que no podía haber sido enviada por él. En cuanto á la conspiración actual, él tema del asesinato, se había hecho insostenible en presencia de la unanimidad de los testimonios. Osa-do partidario, había tramado un 18 de brumario en provecho de la dignidad real, y no había preparado un asesinato. A los mismos que se obstinaban en



ARCHIDUQUE CARLOS

llamarle un bandolero, supo hacer admirar la soberbia sangre fría de sus contestaciones, la habilidad de sus explicaciones y el orgullo con que trataba á los hombres que tenían su vida en sus manos. Parecía insistirles á que acabaran, les desafiaba á que le hicieran tomar en serio el simulacro del procedimiento que se instruía ante ellos, y lo consideraba todo como una pura formalidad y una hipocresía inútil. Muy sensible á la desgracia de sus compañeros, mostraba por su propia suerte la más profunda indiferencia, y les sostenía sin cesar con su apoyo y sus exhortaciones, alimentando, en cierto modo,

con su alma y su vida, mostrándole su propio ejemplo, su estoico desprecio de la muerte, que su más grande fuerza consistía en no esperar nada. Parecía jugar por adelantado con el instrumento del suplicio como para familiarizarse con la idea de la muerte. Es imposible leer estos debates que fueron el testamento de Cadoudal, sin decirse que no había en él, la alma de un asesino.

El 9 de Junio á las ocho de la mañana, los jueces entraron en deliberación para dictar su sentencia. Uno de ellos, el íntegro Lecourbe, hermano del general de dicho nombre, conservó para la historia